Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 5, Hebreos 4:14-5:10: Un gran sumo sacerdote

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En el siguiente segmento importante del Sermón a los Hebreos, Hebreos 4, 14 a 5, 10, el autor comienza a centrarse por fin en el tema del sacerdocio y a pensar en Jesús como nuestro gran sumo sacerdote, un tema que anunció en el capítulo 2, versículo 70. Al iniciar este segmento, el autor llega a una conclusión a partir del material que sigue. Hebreos 4:14 a 16 ofrece un contraste bastante grande con la forma en que terminó la sección anterior.

Hebreos 4:12-13 había apelado en efecto a la emoción del temor, haciendo que los oyentes temieran cómo podrían encontrarse con Dios si demostraban ser infieles con Jesús. Hebreos 4:14-16, en marcado contraste, habla de la confianza con la que los oyentes pueden acercarse a Dios y buscar ayuda en la medida en que permanezcan conectados con Jesús. También llega a una conclusión no solo por contraste sino basada en el contenido que encontramos en Hebreos 2:16 a 3:1, donde se introdujo por primera vez la idea de tener a Jesús como un sumo sacerdote compasivo y fiel.

En 5:1 al 10, encontramos que el autor comienza a explorar seriamente la idea de Jesús como sumo sacerdote. Lo veremos haciendo esto en tres pasos fundamentales. Primero, observamos la función de los sacerdotes en general en los capítulos 5:1 al 3. Luego, en los versículos 4 al 6, pensamos en el nombramiento de Jesús para este cargo y cómo podemos estar seguros de que estamos en lo correcto al hablar de Jesús como sumo sacerdote.

Finalmente, en los versículos 7 al 10, Jesús se prepara para desempeñar el cargo de sumo sacerdote. El predicador podría haber pasado directamente del capítulo 5, versículo 10 al comienzo del capítulo 7, pero en lugar de eso le parecerá estratégico hacer una pausa y desafiar a la audiencia de manera más directa y cruda en 5:11 a 6:20 para asegurarse de que estén viviendo a la altura de lo que Dios ya ha invertido en ellos. Por lo tanto, después del segmento que es el foco de esta presentación, el autor dará un paso atrás, por así decirlo, para asegurarse de que los oyentes estén prestando atención y entiendan aún más plenamente lo que está en juego en su momento presente.

En Hebreos 4:14 al 16, el autor presenta lo que es, en muchos sentidos, un llamamiento central para su sermón. Puesto que tenemos un gran sumo sacerdote que ha cruzado los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, aferrémonos a nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue probado en todo según nuestra semejanza, aunque sin pecado.

Por tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar favor para el oportuno socorro. La importancia del contenido de estos tres versículos se muestra por el regreso del predicador a este mismo contenido en el capítulo 10, versículos 19 al 23, al otro lado de lo que el propio autor llama su largo y difícil de explicar discurso sobre el ministerio sacerdotal y el sacrificio de Jesús. Comparando 4:14 al 16 y 10:19 al 23 uno al lado del otro, podemos ver que ambos comienzan hablando sobre el beneficio de tener un gran sumo sacerdote.

Ambos incluyen la exhortación a los oyentes a que se aferren a su confesión y ambos contienen la exhortación: Acerquémonos, pues. Estas garantías y exhortaciones fundamentales enmarcan toda la sección central que estudiaremos en las próximas presentaciones.

Teniendo en cuenta lo que la audiencia puede haber perdido como resultado de su alineamiento con Jesús y el movimiento que se reúne en torno a su palabra, no es sorprendente que el autor enfatice lo que los conversos han ganado como resultado de este alineamiento. Ya que tenemos un gran sumo sacerdote, uno que ha cruzado los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, aferrémonos a nuestra confesión. A medida que leamos el resto del sermón, encontraremos al autor enfatizando en varios puntos lo que los destinatarios tienen en lugar de lo que han perdido.

Tienen un ancla para sus almas en esta esperanza que entra hasta el lado interior de la cortina, por donde Jesús entró en nuestro lugar como precursor. Tienen la valentía de entrar en el santuario celestial mismo. Tienen posesiones mejores y más duraderas en ese reino eterno donde mora Dios.

Tienen un altar del cual los que ministran en el tabernáculo no tienen derecho a comer. Aquí, en el capítulo 4, versículo 14, el autor recuerda a los oyentes el gran privilegio que tienen. Tienen como sumo sacerdote y mediador del favor de Dios a Jesús, el Hijo de Dios.

No es sólo un sacerdote humano, ni siquiera un ángel, sino el mismísimo Hijo de Dios. Este tema de ser hijo aquí recuerda a la audiencia la proximidad de Jesús a la fuente divina del favor. No es sólo un indicador del estatus de Jesús en el cosmos como Hijo.

Es un indicador de la posición estratégica de Jesús ante Dios para obtener con éxito para sus amigos y seguidores lo que necesitan para perseverar. Hablar de que Jesús cruzó los cielos nos da una ventana a la cosmología del predicador. El autor considera los cielos visibles, a los que siempre se refiere en plural, como parte de esta creación material y visible.

En su ascensión, Jesús tuvo que trascender la creación material, incluido el cielo visible, para entrar en el cielo mismo, el reino eterno. Para el autor, todo lo que

pertenece a la creación material, al reino visible, es temporal y está destinado al fracaso. Pero donde Jesús ha ido, al otro lado, por así decirlo, del cielo visible, allí está la realidad permanente.

Ahí es donde se debe invertir en la vida de los oyentes. Por eso, los insta a aferrarnos a la confesión. Este es un objetivo principal del sermón: dotar a los oyentes de la mentalidad que necesitan y de la fortaleza relacional que necesitan para aferrarse juntos a su esperanza.

La confesión aquí probablemente no es sólo un conjunto de creencias que tienen en mente, sino más bien un acto, una profesión, un testimonio hablado y vivido de las cosas buenas que han recibido de Dios a través de su mediador, Jesucristo. Hacia el final del sermón, en los versículos 15 y 16, el autor los insta a que, por medio de Jesucristo, ofrezcamos siempre a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de labios que confiesen su nombre, en lugar de rehuir dar testimonio de su benefactor divino por temor a la reacción de los de afuera. Aferrarse a la confesión aquí es, al menos en parte, un acto de parresía, un acto de valentía, de seguir diciendo a sus vecinos que no los apoyan: el patrocinio de Dios, el favor del sol, vale la pena soportar lo que me hagan pasar porque desaprueban mi nueva lealtad hacia ellos.

El autor recuerda a los oyentes que este sumo sacerdote es alguien que se compeadece completamente de sus debilidades, que ha sido probado en todo de la misma manera que ellos, con la única diferencia de que Jesús salió de esas pruebas sin hacer concesiones, sin pecado. En el sol, por lo tanto, los oyentes tienen todos los beneficios de un mediador sobrehumano entre ellos y Dios, alguien que no se ha alejado de Dios por el pecado, sin perder ninguno de los beneficios de tener un mediador humano. Debido a la propia experiencia de Jesús de compartir plenamente la carne y la sangre de los muchos hijos e hijas, tiene un conocimiento íntimo y simpatía por las dificultades y los desafíos que enfrentan los muchos discípulos.

Así, el autor puede exhortarlos a que nos acerquemos confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar favor para el oportuno socorro. Esta exhortación a que nos acerquemos al trono de la gracia es un contrapunto adecuado para el alejamiento, la desviación y el retroceso, que es el desafío actual al que se enfrentan al menos algunos de los oyentes. Debido a la mediación de Jesús, los oyentes tienen acceso a todo lo que puedan necesitar de Dios para perseverar.

¿Cómo pueden entonces pensar en quedarse cortos cuando tienen tantos recursos para su viaje? En esta sección, por lo tanto, el autor está tratando de despertar la confianza del oyente basada en la inminente disponibilidad de ayuda. En la yuxtaposición de Hebreos 4:12 al 13 y Hebreos 4:14 al 16, vemos algo de la estrategia retórica recurrente del predicador a lo largo de este sermón. Una apelación al temor se combina con una apelación a la confianza de modo que a

través de esta repetición de esta estrategia, el autor puede hacer que el oyente asocie la deserción con el temor y permanezca firme con la confianza.

También ha seguido presentando un importante marco de referencia alternativo para la situación del oyente. La adhesión al movimiento cristiano puede haber empujado a los conversos a los márgenes de sus ciudades social y económicamente hablando, pero también los ha acercado al centro del cosmos, al trono de favor, al trono de Dios. Adoptar esta visión de las cosas, volver al seno de sus vecinos y de la sociedad significaría alejarse más de Dios, más lejos del centro del cosmos y desplazarse hacia los márgenes en lo que respecta a Dios.

En el capítulo 5, versículos 1 al 10, el predicador de Hebreos comienza a ampliar el papel y los logros de Jesús desde la perspectiva del sacerdote. Comienza en el primer versículo proporcionando una definición del papel y las cualidades de un sacerdote basándose en una referencia general a la función y el oficio del sacerdote conocido en el Pentateuco. Y así, escribe, porque todo sumo sacerdote, tomado de entre los seres humanos, se establece a favor de los seres humanos en lo que respecta a las cosas de Dios, para que pueda presentar ofrendas y sacrificios en favor de los pecados.

Esta definición destaca el papel de los sacerdotes como intermediarios, como aquellos que se interponen entre los seres humanos y Dios en nombre de los seres humanos, participando en interacciones con lo divino que aseguran beneficios divinos para los seres humanos a quienes el sacerdote representa o que eliminan obstáculos en la relación divino-humana debido a las afrentas que los seres humanos han presentado a Dios, es decir, los pecados. Una cualidad de los sacerdotes que el autor quiere destacar particularmente aquí es su simpatía hacia aquellos en cuyo nombre median. Y así continúa en los siguientes versículos, el sumo sacerdote es capaz de moderar sus pasiones hacia los ignorantes y los errantes ya que él mismo también está sujeto a la debilidad, por lo que está obligado, tanto en nombre del pueblo como en nombre propio, a ofrecer ofrendas por el pecado.

La fuente de la simpatía del sacerdote típico hacia los demás que necesitan mediación es su propia propensión al pecado. Él conoce su propia debilidad. Sabe que él mismo es incapaz de cumplir perfectamente todos los requisitos del pacto y, por lo tanto, es capaz de moderar sus propios sentimientos, ya sean de ira o de indignación hacia sus hermanos y hermanas que son igualmente propensos a la debilidad.

Con los términos ignorante y errante, el predicador destaca los pecados que no se cometen voluntariamente, sino los que se cometen accidentalmente o por ignorancia. La ley de Moisés, la Torá misma, no hace provisión para los pecados cometidos voluntariamente. La expresión en la Torá es pecados cometidos con mano

altiva, y el autor de Hebreos mencionará esto más adelante en su sermón en otro de los famosos pasajes de advertencia en el capítulo 10, versículo 26.

Varias veces en el curso de este sermón, el predicador menciona el hecho de que los sacerdotes levíticos tenían que ofrecer sacrificios primero para asegurar el perdón de sus propios pecados antes de poder estar en posición de mediar el favor y el perdón de Dios para otros pecadores como ellos. Este requisito se explica muy claramente en el ritual del Día de la Expiación en Levítico 16, que forma un trasfondo tan importante para el discurso central de Hebreos sobre la obra de Jesús como sacerdote y mediador, especialmente en Hebreos capítulo 9. Los sumos sacerdotes, comenzando con Aarón, primero tenían que ofrecer la sangre de un toro para expiar los pecados del sumo sacerdote y su familia antes de que él pasara a ofrecer la sangre del primer macho cabrío en nombre de los pecados del pueblo. El autor volverá a este tema en el capítulo 7, versículo 27.

Este es un defecto de los sacerdotes humanos, pero no de Jesús. Como ya ha subrayado el autor, Jesús, aunque fue tentado en todo como nosotros, permaneció sin pecado. Nunca ofreció a Dios esa afrenta que se interpondría entre él y Dios y que necesitaba ser eliminada antes de poder actuar también como un mediador eficaz en favor de los demás.

El autor continúa en el capítulo 5, versículos 4 al 6, hablando del nombramiento al sacerdocio. Escribe que nadie se arroga este honor, sino que es llamado por Dios, como también lo fue Aarón. Así también Cristo no se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino que lo glorificó aquel que le dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.

Tal como dice en otro lugar, tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Tanto en las religiones griega y romana como en la práctica del culto judío, los sacerdotes eran típicamente elegidos o designados, en lugar de asumir el papel por iniciativa propia. Este era particularmente el caso en Israel, donde solo los miembros de la tribu de Leví podían servir en el templo, y solo ciertos clanes dentro de esa tribu podían servir como sacerdotes.

El propio Aarón fue elegido por Dios como sumo sacerdote. Si una persona accedía a más lugares y objetos sagrados de los que Dios le permitía en función de su tribu y clan, se enfrentaba a la amenaza de muerte, tal como lo establecen claramente ciertas leyes de la Torá. Por lo tanto, el predicador debe demostrar que Jesús mismo fue designado para servir como sacerdote, al igual que Aarón.

En este punto, el predicador relaciona el Salmo 2, que cita nuevamente aquí, Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy, con el Salmo 110 versículo 4, también dirigido por Dios a ti en particular, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. El Salmo 110 era uno de los llamados salmos reales, que celebraban a

los monarcas del reino de Judá. Este salmo en particular resalta el privilegio especial que se le daba al rey israelita o al rey judaíta, no solo de tener autoridad real sino también de tener cierta autoridad sacerdotal.

El autor del Salmo 110 se remonta a la historia de Melquisedec en busca de un precedente bíblico de algo así, de que alguien que no fuera levita también tuviera alguna jurisdicción sacerdotal. El Salmo 110 ya estaba bien establecido en los círculos cristianos como un texto mesiánico pertinente a Jesús. Mientras que muchos cristianos primitivos se refieren al Salmo 110, versículo 1, siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies, el autor de Hebreos ha leído hasta el versículo 4, eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, y encuentra allí la garantía autorizada para el nombramiento divino de Jesús al sacerdocio.

Eres sacerdote para siempre. Cuando se le decía a un rey judío, eso no significaba que ibas a vivir para siempre. Pero ahora, debido a la creencia de la iglesia primitiva de que Jesús había resucitado a una vida indestructible, este texto del salmo se puede leer de manera mucho más literal.

La vida eterna de Jesús, que ya no tiene fin y está más allá del poder de la muerte, le permite seguir siendo sacerdote a perpetuidad. En breve, el autor volverá a la figura de Melquisedec y a su importancia para el sacerdocio de Jesús en relación con el sacerdocio levítico en el capítulo 7, versículos 1 al 10. Por ahora, al menos ha establecido una justificación bíblica en el Salmo 110 para el nombramiento de Jesús por parte de Dios, no sólo para la dignidad de Cristo, de Mesías y Rey sobre el reino mesiánico, sino también para la dignidad del sacerdocio.

Habiendo establecido el hecho del nombramiento de Jesús al sumo sacerdocio en el capítulo 5, versículos 1-6, el autor continúa en los versículos 7-10 para considerar facetas de la preparación de Cristo para su nombramiento a este cargo. Los versículos 7-10 en realidad continúan una oración que comenzó en los versículos anteriores. Este es uno de esos lugares que nos da una ventana a la comodidad del autor al escribir en griego, mientras va tejiendo cláusula subordinada tras cláusula subordinada.

Un orgullo para él, una pesadilla para los estudiantes de griego moderno. Pero, en esta parte, dice, esencialmente, que Cristo, habiendo ofrecido en los días de su carne oraciones e intercesiones al que era capaz de salvarlo de la muerte con grandes gritos y lágrimas, fue escuchado a causa de su piedad, aunque era un hijo. Aprendió la obediencia por las cosas que sufrió, y, habiendo sido perfeccionado, vino a ser la fuente de eterna liberación para todos los que lo obedecen, habiendo sido designado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

Al leer esta frase en griego, se ve con más claridad que en muchas traducciones al español dónde recae el énfasis y el peso de esta frase. Las traducciones al español inevitablemente tienen que dividir este material, como hice yo, en varias frases. Pero la verdadera columna vertebral de esta frase es el hecho de que Cristo aprendió la obediencia por las cosas que sufrió y se convirtió en la fuente de eterna liberación para todos los que le obedecen.

Todo lo demás depende de ello y, en cierto sentido, es un adorno de ello. Así pues, al analizar este pasaje, partimos en primer lugar de esta imagen de la profunda y apasionada piedad de Jesús durante su vida mortal, ofreciendo oraciones y peticiones con fuertes gritos y lágrimas a aquel que fue capaz de rescatarlo de la muerte y siendo escuchado por su piedad. Existe una tendencia generalizada a identificar esta imagen con el episodio de Getsemaní, también conocido por los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas.

Allí encontramos también a Jesús orando en agonía con una profunda implicación emocional, hasta el punto de sudar, como si hubiera grandes gotas de sangre. Si bien esto puede estar en la mente de nuestro autor, también debemos prestar atención al hecho de que hay algunas suposiciones en esta identificación que necesitan ser examinadas. Supone, en primer lugar, que la identificación de Dios como el que fue capaz de salvar de la muerte revela el contenido de la oración: Dios, sálvame de la muerte.

También supone que sería natural considerar que la oración de Jesús en Getsemaní fue escuchada, en cierto sentido, a pesar del hecho de que la crucifixión ocurrió de todos modos. Y también, francamente, supone que nuestro autor estaba familiarizado con estas tradiciones evangélicas particulares en primer lugar. Otro recurso que muchos eruditos hebreos consideran como una posible fuente del pensamiento y el lenguaje del autor en este caso serían los retratos y el lenguaje generales de las oraciones de los piadosos a lo largo del período del Segundo Templo.

Muchos de los Salmos se expresan desde un lugar de gran angustia y lágrimas. Y al leer las descripciones de oraciones en textos como Segundo y Tercer Libro de los Macabeos, encontramos que los piadosos frecuentemente oran con lamentaciones y lágrimas o rezan al Dios supremo con llantos y lágrimas. En Segundo Libro de los Macabeos 11, el pueblo de Judea, enfrentado al asedio de Lisias bajo Antíoco IV, estaba orando con lamentaciones y lágrimas.

En el Tercer Libro de los Macabeos, cuando el templo fue amenazado de profanación, los sacerdotes oraron al Dios supremo con llantos y lágrimas. Más adelante en ese mismo libro, cuando los judíos de Egipto fueron llevados al Hipódromo para esperar su ejecución, gritaron con lágrimas, orando. Y una segunda vez, hicieron peticiones entre lágrimas, orando.

Estas oraciones y la inversión emocional que se pone en ellas se parecen mucho al retrato de Jesús en Hebreos 5:7-8. Por lo tanto, es bastante plausible que el predicador esté recurriendo a estas resonancias culturales de las oraciones fervientes y emotivas de los piadosos en lugar de hacer una referencia específica a la tradición de Getsemaní conocida dentro de la cultura cristiana. El objetivo del autor es mostrar la piedad de Jesús como una calificación esencial para su ocupación del sumo sacerdocio, que Dios confirmó al escuchar la oración de Jesús y, de hecho, rescatarlo de la muerte en el sentido de la resurrección al otro lado de su pasión. En los días de su carne, Jesús se vale de la oración y del acceso que ésta le brinda al trono del favor de Dios, encontrando en esa experiencia la capacidad de soportar toda la hostilidad, el dolor y la vergüenza que sus oponentes le trajeron.

En efecto, Jesús ofrece aquí un modelo para hacer precisamente lo que el autor pide a la audiencia que haga en su situación de acoso considerablemente más leve en el capítulo 4, versículos 14 a 16. Cómo encaja la frase, aunque era hijo, en esta oración es un punto de cierto debate en la interpretación. Las traducciones inglesas a menudo adjuntan esta frase a lo que la sigue en lugar de a lo que la precede.

Aunque era hijo, aprendió la obediencia por las cosas que padeció. Sin embargo, esto entra en una importante tensión con lo que el autor dirá más adelante en el capítulo 12, versículos 5 al 11, donde ser hijo o hija no está en absoluto reñido con aprender la obediencia por las cosas que sufrió o experimentó. De hecho, el autor se esforzará por establecer que esa disciplina educativa es precisamente lo que los verdaderos hijos e hijas deben esperar.

Si él quería decir con este versículo que se le escuchara porque, aunque era hijo, aprendió la obediencia por las cosas que padeció, estaría contradiciendo el mismo punto que pretende plantear unos capítulos más adelante. Creo que la frase se entiende mejor para calificar la afirmación anterior. Fue escuchado por su piedad, aunque era hijo.

El autor estaría señalando que la respuesta de Dios a Jesús y las oraciones de Jesús no eran ejemplos de nepotismo o favoritismo, sino de reconocimiento de la virtud y dedicación del peticionario. De esta manera, la respuesta de Dios a Jesús es una indicación justa de la respuesta de Dios a la audiencia del predicador, así como también muestran la misma piedad y compromiso con Dios. La filiación de Jesús no le dio a Jesús una ventaja, en otras palabras, sobre los oyentes en términos de la respuesta de Dios a Jesús en tiempos de necesidad.

Un último punto en apoyo a mi sugerencia sería el hecho de que la palabra aunque en griego *kaiper* también se usa claramente de nuevo, tanto en Hebreos 7:5 como en 12:17 para calificar lo que la precede, no lo que la sigue. Cuando el autor escribe que

Jesús aprendió la obediencia por las cosas que sufrió, se basa en una máxima y un juego de palabras cultural griego común, *emathen* , *epathen* . Aprendió, sufrió.

Este modelo se encuentra, por ejemplo, en Esquilo y Sófocles. Jesús es, en este sentido, el pionero de muchos hijos e hijas que también pasarán del sufrimiento, o más bien a través del sufrimiento, a la formación de la piedad y la obediencia que producirán en ellos el fruto pacífico de la justicia que agrada a Dios que los forma a través de todas estas experiencias. Nuevamente, esto se desarrollará en el capítulo 12, versículos 5 a 11.

Cuando el autor habla de que Jesús fue perfeccionado en Hebreos 5:9, no se refiere a que Jesús fue perfeccionado en todos sus defectos o errores. Más bien, el lenguaje de la perfección en Hebreos denota que algo o alguien es llevado a su meta, su telos. La misma raíz que aparece allí en *meta*, *telos*, se encuentra en *perfección*, *telos*, un estado final.

En este pasaje, la perfección se contrasta específicamente con la de los días de su carne, en los que aprendió a través del sufrimiento. La ascensión de Jesús y su paso al reino celestial, el lugar de la morada de Dios desde el que puede ser fuente de salvación eterna , constituyen su perfección. Es la culminación de su viaje, este rito de paso a través del estado liminal iniciado en su encarnación y continuado a través de su sufrimiento y muerte, que ahora se completa, se perfecciona en su ascensión y su asiento, su asiento a la diestra de Dios.

Jesús utiliza este privilegio de estar a la diestra de la majestad en lo alto para beneficio de sus seguidores. El autor subraya aquí que él es, desde esta posición exaltada, la fuente de salvación eterna para todos los que continúan obedeciéndolo. El autor está recordando a los oyentes aquí la necesidad constante de fidelidad a este Cristo, a este sumo sacerdote, si quieren seguir experimentando sus beneficios ahora y los beneficios finales que él trae al otro lado de su propio viaje a través de esta vida.

Concluye recordando a los oyentes que Jesús fue designado por Dios como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. Una vez más, bien podría haber pasado directamente de aquí al comienzo del capítulo 7, pero considera que es importante hacer una pausa en esta exposición para hacer una digresión que sacudirá a los oyentes y les asegurará que están realmente comprometidos a seguir adelante, no solo con el sermón, sino con la vida cristiana en sí. Hebreos 4:14 a 5:10 ha hecho avanzar la estrategia retórica del autor de varias maneras importantes.

En primer lugar, después de un llamamiento al temor en 4:12-13, el autor lanza un llamamiento a la confianza en 4:14-16. Los oyentes tienen acceso a toda la ayuda que puedan necesitar para llegar al final del camino que comenzaron en su

conversión. Disfrutan de un mediador perfectamente situado y plenamente comprensivo, dispuesto a ayudarlos.

En este sentido, el autor les asegura que la perseverancia frente a los desafíos que se les presentan es totalmente factible y que, si se comprometen a perseverar, pueden confiar en la ayuda de Dios en cada paso del camino. La misma exhortación también ha adelantado la estrategia ideológica del autor, al instarlos a acercarse al trono de la gracia.

En efecto, les insta a que vean que, al reunirse, al seguir acercándose a Dios, se están acercando al centro del cosmos, al trono mismo de Dios. Por el contrario, implícitamente, al alejarse o retroceder de la reunión en la que Dios se encuentra en medio de ellos, al regresar a la sociedad que dejaron atrás, se estarían alejando aún más del centro divino del cosmos hacia los márgenes, por así decirlo. Esto es exactamente lo opuesto de la situación en que se encuentran los cristianos en relación con la sociedad, donde sus vecinos, en efecto, los han empujado a los márgenes, tanto social como conceptualmente, en sus propias ciudades.

Pero ese desplazamiento al margen de su sociedad también los ha acercado al centro del universo mismo, al trono de favor, al trono mismo de Dios. En 5.1-10, el autor comienza a dar vueltas a su discurso sobre Jesús como mediador o sumo sacerdote. Aquí, se centra en la legitimidad del llamado de Jesús en este sentido y en sus calificaciones personales, asegurando así a los oyentes, mediante las Escrituras y mediante presentaciones de la persona piadosa en oración y siendo escuchada por Dios, que Jesús es un mediador divinamente designado para ellos y no alguien que, de alguna manera inconformista, está asumiendo este oficio.

Él es, en verdad, el último sumo sacerdote de Dios, elegido por Dios para desempeñar este papel en nombre de los oyentes y de todas las personas de todos los tiempos. El recordatorio del compromiso de Jesús en medio de los sufrimientos y de su disposición a pasar por sufrimientos en el camino hacia su instalación como sumo sacerdote a la diestra de Dios debería servir una vez más para despertar la gratitud y motivar la lealtad, ya que vuelve a recordar a los oyentes cuánto soportó Jesús en su nombre para traerles beneficios. Además, la declaración final de esta sección les recuerda la importancia de la obediencia continua hacia el Hijo si los oyentes esperan disfrutar de la salvación eterna, la liberación eterna que el Hijo proporcionará.

Él, y ningún otro, se ha convertido en causa de eterna liberación para quienes le obedecen. Este pasaje también continúa diciéndonos una palabra desafiante en nuestro entorno. En primer lugar, Hebreos 4:14-16 insta a los creyentes a orar en todas las edades.

Nos recuerda que el acceso al trono de gracia es uno de los principales beneficios obtenidos para los muchos hijos e hijas por la entrega de Jesús. La oración no es un mero ritual o el retiro de los débiles. Es el medio por el cual encontrar la ayuda de Dios en medio de las pruebas, las tentaciones y las tribulaciones que nos asedian para que seamos capaces de triunfar a través de ellas y continuar en fidelidad y obediencia.

La simpatía del sacerdote hacia aquellos en cuyo nombre actúa, ya sea el sacerdote levítico o Jesús como sumo sacerdote, nos recuerda el hecho de que quienes continúan ministrando en nombre de Cristo necesitan continuar también encarnando esta cualidad esencial de simpatía hacia los ignorantes y los que yerran. El remedio para un espíritu severo y crítico es para nosotros, tal como lo fue para los sacerdotes levíticos, el recuerdo de nuestra propia debilidad, de nuestra propia propensión al poder del pecado, de nuestra absoluta dependencia de Dios para evitar el pecado y hacer lo que le agrada. De tal reflexión surge un espíritu apacible que sabe cómo amar y ayudar al pecador, que refleja el amor y el cuidado del gran sumo sacerdote que siempre llama a esos pecadores a volver a sí.

El ejemplo de Jesús en este pasaje también sigue siendo un modelo para nosotros en lo que respecta a cómo afrontar las dificultades y los sufrimientos que soportamos como resultado de nuestro compromiso de hacer la voluntad y la obra de Dios en este mundo. Lo hizo con un compromiso valiente, pero también con una dependencia absoluta de Dios en una oración honesta y sin restricciones. Lo que Jesús experimentó o sufrió se convirtió en oportunidades para aprender a obedecer y profundizar su conocimiento y arraigo en este valor fundamental.

Tales experiencias siguen siendo para nosotros oportunidades de hacer lo mismo. Ahora bien, con esto, el predicador no busca santificar todo tipo de sufrimiento o dificultad, pero ciertamente santifica cualquier dificultad que surja como resultado de ponerse en línea con Jesús y hacer lo que Dios desea en una situación dada. Tales episodios, como los encuentros con la dificultad o el sufrimiento, se convierten en oportunidades para ser entrenados por el Espíritu, para ser moldeados y formados en las virtudes que agradan a Dios y, sobre todo, en la virtud del compromiso incondicional de obedecer a Dios.

Allí donde los cristianos soportan tales sufrimientos, el valor de su llamado y su esperanza se arraigan profundamente en sus almas. La orientación de sus deseos hacia Dios se fortalece. Mediante la perseverancia frente al fuego del sufrimiento, llegan a un fuerte sentido de las prioridades de la vida y aprenden a colocar la obediencia a Dios en asociación con Cristo a la cabeza de la lista de esas prioridades.

De la misma manera, las voces que claman por la justicia en aquellos lugares donde la injusticia es la norma aceptada inevitablemente atraen sobre sí la hostilidad de los pecadores. Su negativa a silenciar su propio testimonio de la visión y la voluntad de

Dios para la sociedad humana les imprime lo que significa vivir para Dios y el reino de Dios por encima de todo, mientras, como Jesús, continúan aceptando la resistencia a la hostilidad de los pecadores en aras de dar un testimonio obediente de la visión de Dios para este mundo.